XXXIV Domingo del Tiempo Ordinario C

Solemnidad. Jesucristo Rey del Universo

Cuestión de buen gusto

"Se burlaban de Cristo los soldados diciéndole: Si eres tú el Rey de los Judíos, sálvate a ti mismo". San Lucas, cap. 23.

Existe una oración muy curiosa. En ella se le pide perdón al Señor por tantos artistas de mal gusto, que han pintado y esculpido espantosas imágenes de Cristo. En especial de Cristo Rey.

Para expresar su realeza, no han tenido más símbolos que aquellos tan trillados del cetro, la corona y el manto.

Da lástima este Jesús, Rey al estilo de los humanos, no siempre muy honestos.

Esas imágenes, en la escena que nos trae San Lucas, nos harían pensar en Luis XVI, llevado a la guillotina por la Revolución francesa.

Existen así mismo malos presentadores del Reino de Cristo. Olvidan que las cosas de Dios son de otra forma. No según nuestros modos de medir. Porque el "Reino de Cristo" no es de este mundo. Es un Reino que, en primera instancia, brota del corazón. Que no necesita fusiles ni cañones: Que transforma lo interior del hombre para poder cambiar las estructuras "volviendo lo derecho del revés".

Tal vez el único que, en el primer Viernes Santo, entendió ese Reino fue aquel ladrón crucificado junto al Maestro, quien le rogó desde el fondo del alma: "Acuérdate de mí cuando estés en tu Reino".

Esa tarde parecía que el Rey de los judíos fracasaba definitivamente. Pero no, Cristo inauguraba su reino en la frontera del más allá: El mismo había anunciado: "Cuando sea levantado en alto todo lo atraeré hacia mí".

En el más acá quedaban su doctrina, su vida de entrega, su lucha por la libertad del hombre. En el más allá, en su Reino, estarían la unidad, la comunión y la síntesis, la bondad de Dios y la capacidad de bien sembrada en cada hombre.

De este contraste, entre nuestro estilo y el de Dios, nace la diferencia entre cristianismo y cristiandad.

Cristiandad es una forma de fe impuesta y agresiva, que dicta criterios y puede destruir culturas. Cristianismo es un servicio, siempre humilde, de iluminación, que comprende el proceso de cada persona y respeta absolutamente su libertad.

No caigamos en la tentación de reconstruir, en favor nuestro, una cristiandad intransigente. No defendamos nuestros errores haciendo de ellos "palabra de Dios". No califiquemos de sacrílego a quien no está de acuerdo con nosotros.

No construyamos una Iglesia intocable, suspendida en el aire cómo el sepulcro de Mahoma, cuyos seguidores no conviven con la gente, por temor de contaminarse.

Vivamos nuestro cristianismo en comunidad de sencillez, de humanidad, de servicio, de realismo, de libertad. Así mostraremos al mundo la auténtica imagen de Cristo Rey.

Al fin y al cabo, ser cristianos es cuestión de buen gusto.

Padre Gustavo Vélez Vásquez m.x.y